

Prefacio

Una voz se escucha en la inmensidad de la cueva, hasta ahora solo animada por el quejido de una hoguera: «Pues bien, Nadie es mi nombre; así llámanme Nadie mi madre y mi padre y los compañeros que traigo conmigo». Nos encontramos en el noveno canto de la *Odisea*. El rico en ardid ya ha descubierto la forma de herir al cíclope Polifemo y de abandonar su caverna con aquellos compañeros que no han acabado en las fauces del monstruo. El tiempo apremia. Odiseo ofrece al gigante acompañar la carne humana que acaba de engullir con vino. Agradecido, Polifemo le pregunta su nombre. Y he aquí que, de repente, lo imposible se convierte en el primer paso de la escapada: para huir del cíclope, era necesario que nadie hablase. Y nadie habló.

En noviembre de 2023, publiqué en la revista *Nuestro Tiempo* (n. 718) un ensayo sobre cómo la noción que Michel Foucault propone de lenguaje ayuda a entender aplicaciones de inteligencia artificial generativa como ChatGPT. Su título, premisa y conclusión se hacían eco de la contradicción de la *Odisea*: nadie habla. Al poco de publicarse, el editor de la revista, Teo Peñarroja, me ofreció ampliar las ideas del ensayo en un texto más largo. Este libro es su resultado.

La vocación de los dos textos es la misma: presentar herramientas con las que hacerse cargo de los desafíos que definen nuestra actualidad. Sin embargo, he invertido el orden y enfoque de la exposición. En el ensayo, comencé con una breve panorámica sobre qué supone el uso de la inteligencia artificial en términos de conexión del territorio, consumo de energía y comportamiento humano, para acabar en la definición que Foucault ofrece de discurso. Pensé que partir de lo más reciente o novedoso ayudaría a remontarse hasta lo más abstracto. Ahora me gustaría empezar con una reflexión muy general sobre el lenguaje para después indicar la casilla donde, en mi modesta opinión, cae la inteligencia artificial.

Este cambio de estrategia se debe a dos motivos. El primero es un deseo. Puestos a escoger, prefiero que uno de los grandes retos de nuestro tiempo sea el lenguaje y no los *large language models* (en

adelante, modelos extensivos de lenguaje). El segundo motivo es una pregunta. Después de haber leído el texto publicado en *Nuestro Tiempo*, una estudiante de Filosofía de la Universidad Complutense de Madrid me espetó: «Si quitamos del lenguaje palabras, personas y cosas, ¿qué queda?». Estas páginas son una respuesta.

El texto está dividido en cuatro capítulos. El primero, «El gran teatro del mundo», se apoya en la idea básica de este ensayo —hay lenguaje— para describir tres facetas o coordenadas básicas de la vida humana: la ficción, el riesgo y la muerte. El segundo capítulo, «Entre actos», presenta a grandes rasgos tres formas distintas de entender o explicar las relaciones que existen entre el pensamiento, el lenguaje y el mundo. El tercer capítulo, «La cuarta pared», explora la noción de lenguaje que esboza Foucault en *La arqueología del saber*. Su objetivo principal es explicar tres conceptos y un veredicto. Los conceptos son *enunciado*, *evento* y *discurso*; el veredicto, la famosa «muerte del hombre» que Foucault proclamó al final de *Las palabras y las cosas* (1966). En el último capítulo, «Dramatis Personae», me aproximo a la inteligencia artificial desde la noción de discurso de Foucault. Parto de la premisa de que los mensajes redactados por un modelo extensivo de lenguaje resultan indistinguibles de los de una persona de carne y hueso.

Para entender el sentido de estas páginas, es necesario regresar a la *Odisea*. «Esto dicho, marcháronse y yo me reía en mi ánimo viendo aquella invención de mi nombre y mi ardid excelente». Después de la oscuridad de la caverna, una sonrisa y el mar abierto. Por fin el rico en ardid y sus compañeros han logrado cegar al cíclope Polifemo y escapar de sus garras ocultándose bajo las ovejas que pastoreaba. Puesto que Odiseo se había presentado como Nadie, Polifemo es incapaz de indicar a los otros cíclopes que habitan en su isla quién le ha cegado: «Nadie, amigos, me mata engañándome y no con la fuerza». El ardid excelente regala a Odiseo la satisfacción de una sonrisa íntima. El emperador Marco Aurelio anotó en sus *Meditaciones* este desenlace: «Y mi corazón rio».

A menudo, la penetración e impacto de las tecnologías de información y comunicación en nuestras vidas parecen condenarnos a la oscuridad de una caverna en la que acecha un Polifemo hambriento. Con o sin riesgo de acabar devorados por cíclopes que no respetan los deberes de la hospitalidad, este ensayo solo pretende contribuir a que cada quien repita —con Odiseo, Homero, Marco Aurelio y tantos otros— la misma frase a la hora de enfrentarse a los desafíos del presente: «Y mi corazón rio». Que nadie, por tanto, se asuste si nadie habla.